





**NUESTRO BARCO DE VAPOR**

# **INVISIBLES**

**Begoña Oro**

Edición especial para:  
quinto de Primaria,  
del CEIP Marinada

Curso 2011 - 2012



Los libros personalizados **Nuestro Barco de Vapor** han sido concebidos como una forma de acercar a los niños y niñas a la literatura partiendo de la innegable motivación previa que supone para ellos ser protagonistas de una historia. En las distintas historias que conforman este proyecto se ha puesto el máximo esfuerzo para que todos los niños, niñas y docentes puedan identificarse y sentirse cómodos –e incluso un poco heroicos– en su papel de “personajes”. Al desconocer las circunstancias personales de cada niño y niña, cualquier parecido con la realidad solo podrá ser achacado al azar.

[www.tulibropersonalizadosm.com](http://www.tulibropersonalizadosm.com)

[www.literaturas.m.com](http://www.literaturas.m.com)

© del texto: Begoña Oro, 2002  
© imagen de cubierta: Marcos Calo  
© Ediciones SM, 2012  
c/Impresores, 2  
Urbanización Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

Edición limitada a 24 ejemplares  
Preimpresión e Impresión: cal Quer, Terrassa (Barcelona)  
Impreso en España / Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

*Presta mucha atención a  
estos personajes. Como te  
despistes, tan pronto los  
ves como no los ves.*

Dentro de este libro, aparecen los siguientes personajes:

Amparo Vázquez y Avelino Martínez, profesores

Alberto

Javier

Borja

Raquel

Sandra

Eli

Álvaro

Marcos

Ramón

Pepe

Pablo

Carlota

Alba

Sílvia

Anna

Sergio

Patri

Rubén

Yago

Lorena

David

Cristina

Rafa

Luís

## *En el mundo visible*

### *1*

Aquel día comenzó de la manera más dulce.

A la entrada de la clase de quinto, Luís aguardaba a sus compañeros con una bolsa de caramelos. Cada niño que entraba en clase, recibía uno.

-¿Y esto? –preguntó Pablo.

-Es por mi cumpleaños –dijo Luís.

-¡Qué bien! ¡Felicidades!

Luís seguía repartiendo caramelos con una sonrisa de oreja a oreja. La sonrisa que adorna a quien sabe que tiene por delante un día lleno de felicitaciones y regalos.

-¿Solo uno? –preguntó Cristina. Si por ella fuera, se habría comido toda la bolsa de una

sentada.

-Es que me parece que los llevo justos. Si sobra alguno al final, te lo doy. ¿Vale? -contestó Luís Pero no te quejes. Puede que solo sea un caramelo. Pero no es un caramelo cualquiera. Los he comprado en una tienda de chucherías que acaban de abrir.

-¿Cuál? -preguntó Álvaro-. ¿Esa que han puesto cerca del colegio?

-Sí -dijo Luís- La señora de la tienda parece un poco rara, pero es muy amable. Me ha dicho que estos caramelos son muy especiales.

Cristina se quedó mirando el caramelo. Le recordó a la manzana del paraíso, aquella que dicen que tomó Eva, aquella que acabó costándole tan cara. Era una esfera perfecta, roja y brillante, envuelta en un celofán transparente. Daba la impresión de que, si la echaras a rodar como una canica, no se detendría jamás. En cierto modo, bastaba mirarla con detenimiento para saber que había algo mágico en ella.

## 2

-¿Qué haces, Eli? –preguntó Amparo. Le había pillado *in fraganti* desenvolviendo el envoltorio del caramelo-. No se puede comer en clase. Así que ya podéis ir guardando los caramelos para la hora del recreo. ¿De acuerdo? Por cierto, Luís ¿no te has olvidado de algo?

Luís miró con cara de extrañeza.

-Mejor dicho, ¿no te has olvidado de alguien? –precisó Amparo con una sonrisa en los labios.

Cuando Amparo extendió la mano, Luís cayó en la cuenta. Se acercó hasta su querida profesora y le dio un caramelo.

-¿Solo uno? –se quejó, golosa.

-Lo siento. Era el último –dijo Luís mientras miraba a Cristina encogiéndose de hombros.

Amparo se metió el caramelo en el bolsillo y dio comienzo a la clase.

-¿Alguien sabe lo que quiere decir que un

animal esté en peligro de extinción? –preguntó.

-¿Que está a punto de apagarse? –aventuró Patri, que acababa de oír hablar de la “extinción” de incendios.

Amparo sonrió.

-No exactamente.

-¿Que está a punto de desaparecer? –dijo Javier.

-Muy bien, Javier. Eso es. Si no cuidamos nuestro entorno y no protegemos a esos animales, podrían llegar a desaparecer, igual que en su día lo hicieron los dinosaurios. ¿Alguien sabría ponerme un ejemplo de un animal en peligro de extinción?

-El oso pardo –dijo Borja.

-El oso panda –dijo de inmediato Álvaro.

-El oso polar –siguió David.

-El oso hormiguero –remató Sandra.

-Muy bien –cortó la enumeración Amparo-. Ya veo que sois muy ingeniosos. ¿Algún otro en peligro de extinción?

-¡Yooooo...

Era la voz de Marcos. De eso estaban seguros.

Pero había algo raro en ella. Primero había sonado como un grito y, poco a poco, en cuestión de segundos, se había desvanecido hasta desaparecer por completo.

Pero lo peor no era eso. Lo peor era que todo Marcos, no solo su voz, había desaparecido.

Se había extinguido.

### 3

Nadie había visto cómo había sucedido. Pero ahora todos podían ver la silla vacía donde hacía unos instantes se sentaba Marcos. También Amparo la vio.

-¿Dónde se ha metido Marcos? ¿No estaba aquí hace un momento?

-Sí, pero de pronto, ¡ha desaparecido! –exclamó alarmada Lorena.

Un murmullo recorrió la clase. El murmullo fue creciendo hasta que Amparo decidió poner orden.

-Tranquilos. Habrá ido al baño –dijo quitándole importancia-. Ya hablaré yo luego con él.

La clase continuó sin sobresaltos. Amparo hablaba sobre las ballenas, el lince ibérico, el cuidado del medio ambiente... hasta que, de pronto, Javier le interrumpió:

-¡Alba! ¡Ha desaparecido Alba!

Efectivamente, ahora la silla de Alba, como la de Marcos, estaba vacía.

-¡Y Sandra! –alertó Eli-. ¡También ha desaparecido!

De pronto, la puerta de clase se abrió sola, como si la empujara una corriente de aire.

Pepe y Anna dieron un grito.

-Pero bueno, ¿qué sucede hoy? –dijo Amparo.

En ese momento sonó el timbre. Hora del recreo.

En un abrir y cerrar de ojos, todas las sillas de la clase de quinto quedaron vacías. Solo que en esta ocasión, la explicación era bien sencilla.

Habían salido al recreo.

Ramón, Raquel y Rafa no dejaban de dar vueltas a la desaparición de Marcos, Alba y Sandra. Carlota y Yago intercambiaban cromos. Pablo contaba un chiste a Álvaro. David y Rubén recogían hojas, piedrecitas y todo tipo de objetos para hacer un regalo artesanal de cumpleaños a Luís. Sílvia y Eli jugaban con la pelota. Mientras tanto, Amparo hablaba animadamente con Avelino.

Pero algo más sucedía en el recreo. En esos instantes, Sergio y Alberto desenvolvían lentamente dos caramelos rojos y brillantes, dos esferas perfectas.

-Estaba deseando que llegara el recreo para comerme el caramelo. ¿Tú no? -comentó Sergio.

-Sí, aunque... -dijo Alberto. Pero, en lugar de terminar la frase, cogió el caramelo entre los dedos índice y pulgar, cerró el ojo derecho y

se lo quedó mirando fijamente con el ojo izquierdo.

-¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Tiene algo raro? –preguntó Sergio.

-No sé –dijo Alberto sin dejar de mirar el caramelo-. Es como un brillo... ¡Bah, tonterías!

-Ahora que lo dices –dijo Sergio mientras observaba el caramelo-, sí hay algo raro. Según como lo mires, brilla tanto que ni lo ves, es como si te cegara por un momento.

Alberto observaba el caramelo con curiosidad.

-Sí –dijo después de examinarlo durante un buen rato-. O como si se volviera invisible por un segundo.

A continuación, a la vez ambos elevaron el brazo hacia la boca. Fue un movimiento mecánico, como el de un títere, un movimiento que parecía dirigido por una fuerza superior. Se metieron el caramelo en la boca. Glup.

## 5

En la otra esquina del recreo, Ramón, Raquel y Rafa seguían hablando.

-Por aquí tampoco se les ve -dijo Ramón refiriéndose a sus compañeros desaparecidos.

-No -dijo Rafa mirando alrededor-. ¿Y no os da la sensación de que hoy hay menos gente en el recreo? ¿Qué pasa? ¿Se han puesto todos enfermos?

-Quizá se han puesto de acuerdo para jugar al escondite. Por eso no se les ve -aventuró Ramón al tiempo que se metía una mano en el bolsillo-. ¡Casi lo había olvidado! ¡El caramelo!

-¡Ay! Yo tampoco me lo he tomado aún -recordó Raquel.

-Ni yo -dijo Rafa sacando del bolsillo su caramelo.

-¿Queréis el mío? -ofreció Raquel-. No me apetece ahora.

Rafa y Ramón se lo quedaron mirando.

-No, gracias -dijo finalmente Ramón-.

Cómetelo tú. Tiene buena pinta.

-Si tú lo dices... -respondió Raquel-. A mí me parece un caramelo normal y corriente.

Y, sin prestar demasiada atención, desarrollaron los caramelos mientras continuaban hablando. A un tiempo, se lo metieron en la boca. A un tiempo, empezaron a chuparlo. A un tiempo, Ramón, Raquel y Rafa desaparecieron.

## 6

Cuando Avelino llegó a la clase de quinto, se quedó asombrado. Todas las sillas de clase estaban vacías, incluso las de Rubén y Yago. Rápidamente, se asomó al recreo. Pero tampoco allí había rastro de sus alumnos.

Corrió a llamar a Amparo.

-¡Han desaparecido!

-¿Cómo que han desaparecido? ¿Quiénes han desaparecido?

-¡Todos! ¡Toda la clase de quinto!

-¿Quieres un caramelo? –ofreció Amparo, cambiando de tema-. Luís me ha dado uno por su...

-¡Para caramelos estoy yo! –le interrumpió Avelino-. ¡¿No ves que han desaparecido?! ¡Ay! ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Dónde estarán? –se preguntó a punto de llorar.

-A ver, vamos a calmarnos –dijo Amparo-. Los alumnos no pueden desaparecer así como así. Se habrán puesto de acuerdo para saltarse

la clase. ¡Cuando les pille! Se habrán escondido o...

-O les habrán secuestrado –dijo preocupado Avelino-. ¡Puede que se los hayan llevado en un autobús!

-Sí, claro –dijo con incredulidad Amparo-. O puede que se hayan vuelto invisibles. No te fastidia.

## *En el mundo invisible*

### *1*

Nada más meterse el caramelo en la boca, Ramón, Raquel y Rafa sintieron un cosquilleo que les recorría todo el cuerpo: desde el dedo meñique del pie hasta la punta del último pelo de sus cabezas. Al mirarse, pudieron comprobar como sus cuerpos iban difuminándose hasta volverse casi transparentes. Parecían fantasmas.

-¿Qué nos está pasando? -preguntó Raquel.

En ese momento, un chico de sexto curso pasó corriendo al lado de Ramón.

-¡Eh, tú! -exclamó Ramón-. ¡Mira por dónde vas! ¡Casi me tiras al suelo!

Entonces oyeron una voz a sus espaldas. La voz de Sandra.

-No te molestes. No te oye.

-Vaya, ¿está sordo?

-No –respondió Sandra.

-Tampoco te ve –dijo otra voz a sus espaldas, la de Carlota-. Y por si pensabas preguntarlo... No, no está ciego.

## 2

Cuando Raquel, Rafa y Ramón se volvieron, vieron a todos sus compañeros de clase. O lo que quedaba de ellos.

-Bienvenidos al mundo de los seres invisibles –dijo Rubén con solemnidad.

-Por fin –dijo Lorena-. Eráis los últimos que faltabais.

-Sí –confirmó Javier-. Ya era hora de que os tomarais el caramelo.

Raquel, Rafa y Ramón empezaban a entender lo que había pasado. Borja terminó de explicárselo.

-Esos caramelos nos han vuelto invisibles. Los demás no nos pueden ver ni oír. Tampoco pueden ver nuestras ropas. No ven nada. Ya lo hemos comprobado, ¿verdad? –dijo mirando al resto. Los demás compañeros asintieron con sus fantasmales cabezas-. Por suerte, entre nosotros, podemos vernos, aunque sea medio borrosos.

-Sí –continuó la explicación Anna-. El primero en desaparecer fue Marcos. ¡Menudo susto se llevó! ¿A que sí? –Marcos asintió-. Y todo porque se había comido el caramelo en clase. Estuvo gritando un buen rato y dando saltos por toda la clase hasta que se dio cuenta de que era inútil. Menos mal que, al poco rato Alba y Sandra también se lo comieron y le hicieron compañía. Pero como se hartaron de que no les viéramos, decidieron irse de clase. Por eso se abrió la puerta sola.

-¡Y pensar que casi soy la primera en desaparecer! –dijo Eli-. Pero como Amparo me pilló con las manos en la masa... digo, en el caramelo, me libré.

-¡Pues yo estuve a punto de no comérmelo! –recordó Raquel.

-Lo dices con pena... -dijo Pepe.

-Sí... No... Bueno, no sé. ¿Qué tal es eso de ser invisible?

### 3

Por primera vez, los alumnos de quinto se plantearon la cuestión. Hasta entonces habían estado tan ocupados buscando una explicación a lo sucedido que no habían tenido tiempo de plantearse si les gustaba o no ser invisibles.

-Hombre, tiene sus ventajas. Por ejemplo, puedes espiar sin preocuparte de que te descubran y saber lo que la gente dice de ti sin que se den cuenta –dijo Pablo, que había oído como Amparo comentaba a Avelino: “¡Caramba con Pablo! ¡Está mejorando mucho! Si supieras lo que ha dicho hoy en clase...”

-Pero eso puede ser una desventaja –reflexionó Anna-. Imagina que hablan mal de ti. ¿No te enfadarías?

Cada uno se puso a pensar en todas las cosas que podían hacer ahora que eran invisibles.

-¡Ser invisible es genial! –sentenció Sandra,

que había soñado más de una vez con esa posibilidad.

-Sí, ser invisible es genial, pero a ratos.

Fue Sílvia quien lo dijo. Había algo en su voz, un deje de tristeza, que hizo que todos se volvieran a mirarla al instante.

Sílvia continuó diciendo:

-Me encantaría ser invisible cuando yo dijera y dejar de serlo en el momento que quisiera. Pero ¿ser invisible toda la vida? No, gracias. Imaginaos que nuestras familias, nuestros amigos, nuestros profesores... toda la gente que nos conoce no vuelve a vernos nunca más. Se creerían que hemos desaparecido, que se nos han llevado o que nos ha pasado algo malo. Imaginaos qué tristes se pondrían.

-Y además, no podríamos conocer a gente nueva ni hacer nuevos amigos –pensó Álvaro-. Imaginad que nos colamos en un campamento de verano, o en un concierto, o donde sea. Puede que viéramos cosas chulísimas o conociéramos a gente genial, pero ellos no podrían conocernos a nosotros. No podríamos hablar con nadie. Solo entre nosotros.

Por un momento se quedaron pensativos. Finalmente Yago dijo muy filosófico:

-Sería como vivir la vida a medias.

Patri continuó, igual de filosófica:

-Sería como si la vida fuera una película. Solo seríamos los espectadores. Nosotros la veríamos mientras otros la protagonizan.

Una nube de tristeza se posó sobre sus cabezas. Sus cuerpos, apenas sombras indefinidas, parecieron borrarse un poco más.

-¡Ah, no! ¡Ni hablar! ¡Pues yo pienso protagonizar mi vida! ¡Ya lo creo que sí! –exclamó furioso David Y, sin pérdida de tiempo, abandonó el grupo y se fue decidido.

Los demás se miraron, se encogieron de hombros y echaron a correr para alcanzarlo.

-Pero ¿se puede saber dónde vas? –preguntó Sandra medio jadeando.

-¡Dónde va a ser! ¡A la tienda de chucherías! Luís ¿no dijiste que compraste esos caramelos en una tienda nueva?

-Sí, pero... -dijo Luís.

-Pero nada. Ahora mismo vamos y hablamos con esa mujer.

-Sí, pero... -dijeron a la vez Luís y Álvaro.

-Pero nada. ¡No quiero ser invisible toda la vida!

-No, pero... -insistieron.

David se paró en seco. Al hacerlo, el resto

del grupo se detuvo y, con la precipitación, unos tropezaron con otros.

-¿Pero qué?! –preguntó molesto.

-Que la tienda está por allí –dijo Álvaro con cara de guasa mientras señalaba en sentido opuesto.

-Sí –añadió Luís justo para el otro lado.

Por el camino, Pepe se cruzó con una vecina. Cuando estaba a punto de saludarla, se dio cuenta de que sería inútil. No podía verlo ni oírlo. Pero eso no era lo peor. Lo peor era que si se cruzara con alguien de su familia, le sucedería lo mismo. Sintió un escalofrío y continuó andando con decisión.

No tardaron en llegar, guiados por Álvaro, Luís y Sandra, que también sabía dónde estaba la nueva tienda de chucherías.

Al entrar les invadió una extraña sensación. Olía raro. Bien y mal. A nuevo y a viejo. Olía a gominolas, a pintura, a palomitas y a calcetines sucios.

Pronto descubrieron a la propietaria de la tienda... y de los calcetines sucios. Era una mujer rubia y muy delgada, con el pelo despeinado y grasiento y los dientes amarillos. Llevaba un vestido de cuadros lleno de lamparones.

-Vaya, vaya, vaya. Mira qué tenemos aquí –dijo mientras se les acercaba con una sonrisa de oreja a oreja-. Hay que ver qué chicos más listos. No habéis tardado nada.

En principio les sorprendieron sus palabras. Desde luego, no era el típico “buenos días” o “¿qué desean?” con el que se suele recibir a un cliente.

Pero Eli cayó en la cuenta de algo más.

-¿Nos ve? ¡Nos está viendo! ¡Ya no somos invisibles!

## 6

-No te precipites, querida –dijo la mujer-. Seguíis siendo invisibles para todo el mundo. Para todo el mundo, menos para mí, que para algo soy la inventora de los caramelos que os han hecho invisibles.

Por un momento, la tienda se quedó en silencio.

-Entonces era cierto –se atrevió a hablar Raquel-. ¿Pero por qué lo ha hecho?

La mujer los miró de arriba abajo uno a uno antes de responder.

-Os he elegido para llevar a cabo una misión especial. Y, antes que nada, debo daros la enhorabuena, porque habéis superado la primera prueba con nota. La verdad es que sabía que erais listos y que seríais capaces de descubrir que vuestra invisibilidad era consecuencia directa de haber comido el caramelo. Primero debíais descubrir eso. Después, aún teníais que dar el paso de llegar hasta aquí en busca de

respuestas. Veo que habéis hecho las dos cosas. ¡Y en mucho menos tiempo del que yo pensaba! Aunque...

En ese momento, la mujer dejó de hablar y fue señalándolos con el dedo índice mientras iba contándolos. En su uña larga y descuidada podía verse un trozo de mugre. Cuando acabó de contar, agitó la cabeza contrariada.

-Falta una persona. ¿Dónde está vuestra profesora?

-No lo sabemos –se apresuró a decir Alba-. La última vez que la vimos, aún no era invisible. Igual el caramelo no hizo efecto...

-¡Eso es imposible! –gritó la mujer enfadada. Al momento, cambió la expresión y volvió a sonreír-. Bueno, nos las podemos arreglar sin ella. Al fin y al cabo, solo se iba a encargar de vigilar. El peso de la misión recae directamente en vosotros, nunca mejor dicho, je je. Pero bueno, eso ya os lo explicaré más tarde. ¿Hacéis el favor de venir conmigo?

La mujer les condujo hasta el fondo de la tienda. Allí había dos puertas. La de la izquierda estaba abierta y dejaba entrever una sala. Parecía un pequeño laboratorio, lleno de tubos y recipientes de cristal con líquidos de colores. La puerta de la derecha estaba cerrada. La mujer la abrió y les animó a seguirla. Movidos por la curiosidad, bajaron con ella unas escaleras y llegaron a un amplio sótano lleno de aparatos de gimnasia.

Carlota dio un codazo a Álvaro.

-Mira eso –susurró.

Allá donde señalaba, al lado de una bicicleta, había dos bolsas de caramelos. Unos eran amarillos, y otros, verdes. Todos estaban envueltos en un papel celofán similar al de los caramelos rojos que les volvieron invisibles. Todos eran esferas perfectas.

-¿Puedo hacerle una pregunta? –dijo Carlota a la mujer.

La mujer se volvió extrañada.

-Sí, claro. Dime.

-¿Para qué son esos caramelos?

-Muy listos, sí, señor. Ya lo decía yo. Ya sabéis para qué sirven los caramelos rojos, ¿verdad? Respecto a estos, unos sirven para volver a ser visibles y los otros... Quien coma los otros caramelos desaparecerá para siempre jamás.

Los ojos de la mujer brillaron al decir estas últimas palabras. Toda la clase de quinto tembló de miedo ante semejante idea.

-Y... -empezó a decir con voz temblorosa Eli- ¿cuál es cuál? ¿Con qué caramelos vuelves a ser visible y con qué caramelos desapareces?

La mujer se echó a reír.

-¡Vaya con los niños! ¡Todo lo queréis saber! Cada cosa a su tiempo. Ya os lo diré. Cuando llegue el momento. Mientras tanto, ¿no queréis hacer un poco de gimnasia? Os vendrá bien.

Sobre todo, a algunos. Tenéis que ponerlos fuertes para la misión.

En ese momento, sonó el teléfono.

-Esperadme aquí. Ahora vuelvo –dijo la mujer, y desapareció escaleras arriba.

En cuanto salió por la puerta, se pusieron a hablar. Todos querían comentar algo.

-A mí esa mujer me da mala espina –dijo Sergio, que era muy perspicaz.

-¡Aprovechemos que se ha ido! ¡Vayámonos! –sugirió Marcos.

-¿Pero dónde podemos ir? –dijo Sandra. Está claro que no perdemos nada por quedarnos. Y si en algún sitio podemos encontrar la manera de hacernos visibles es aquí.

-¿Y si probamos un caramelo amarillo o uno verde? Aunque solo sea un poquito... –propuso Eli.

-¿Y arriesgarnos a desaparecer para siempre? Ni hablar –dijo Cristina.

-Pero hay algo que sí podemos hacer ahora mismo –dijo con voz misteriosa Yago: ir a escuchar lo que está diciendo esa mujer. Igual averiguamos algo más sobre quién es y cuáles son sus planes.

A todos les pareció una buena idea.

-¡Ya voy yo! –se ofreció al momento Raquel.

-¡Te acompaño! –dijo Alberto mientras salía corriendo escaleras arriba.

A Sandra apenas le dio tiempo de desearles buena suerte.

Una vez arriba, Raquel y Alberto escucharon la voz de la mujer. Salía de la sala de la izquierda. Allí debía de tener el teléfono. Sigilosamente, se acercaron todo cuanto pudieron y se dedicaron a escuchar con toda atención.

-¡A la primera! ¿No te parece increíble?

-...

-Pues sí, Radegunda. Muy listos. ¡Y tienen el tamaño perfecto para colarse por los conductos de aire del banco! Lo malo es que no sé si están suficientemente fuertes para arrastrar los sacos de oro.

-...

-Sí, tantos sacos como niños. Por eso los elegí. ¡Es un plan perfecto, querida hermanita! ¡Va a ser el robo del siglo!

-...

-¿Ahora? Los tengo entrenando en el sótano. Para que vayan cogiendo fuerza.

-...

-No, qué va. ¡Cómo se lo voy a contar, Radegunda! Tienen pinta de buenazos. Si supieran la verdad, igual se negaban y tenía que hacerlos desaparecer y coger a otro grupo... Total, un lío. No, no. Les he contado

que tienen que cumplir una misión especial. Pero, de todas maneras, si quieren volver a ser visibles, ya saben lo que les conviene. Aunque, al final, no pienso arriesgarme. Una vez que hayan hecho el trabajito, los haré desaparecer igualmente. Si no, estos listos son capaces de denunciarme. Pero, ahora que lo pienso, no hago más que hablar y hablar, y tú no me has contado nada de tu cita de ayer. ¿Cómo te fue?

-...

-No me digas. ¿A un restaurante japonés? Sigue, sigue.

-...

Raquel hizo una señal a Alberto apuntando hacia el sótano. Poco a poco, se alejaron de la puerta y volvieron a bajar por las escaleras. Allí les esperaban, muertos de impaciencia, sus compañeros.

-¿Qué ha pasado? ¿Os habéis enterado de algo?

Pero no hacía falta esperar una respuesta. Las caras de Raquel y Alberto se leían como un libro abierto. Como un libro de terror.

Alberto tenía la boca seca y apenas podía hablar del susto. Como pudo, Raquel fue resumiendo a sus compañeros lo que habían escuchado. Por suerte para ellos, la cita de esa tal Radegunda debía de haber sido de lo más emocionante porque la mujer tardaba mucho en bajar, entretenida con sus explicaciones.

-Espero que vosotros hayáis descubierto algo mejor –terminó de decir Raquel.

-Sí –apuntó tímidamente Álvaro-, aunque no

creo que nos salve pero... Hemos descubierto un hámster. Mira qué bonito.

Álvaro abrió las manos. Entre ellas, había acurrucado un hámster regordete de pelaje dorado y blanco.

Alberto se acercó a acariciarlo.

-Qué suave –murmuró.

Todos los ojos se concentraron en el pequeño hámster, mientras la desesperanza se instalaba en sus corazones. No tenían escapatoria. Podían seguir siendo invisibles toda la vida o desaparecer para siempre. La solución estaba allí mismo, a su lado: era un caramelo amarillo, o quizás un caramelo verde, pero ¿quién se iba a arriesgar a probarlo?

-¡Ya lo tengo! –exclamó repentinamente Eli.  
¡Sé cómo podemos salvarnos!

-¿Cómo? –preguntaron al unísono David y Alba.

-¡El hámster! ¡El hámster puede salvarnos! –dijo Eli emocionada.

-¡Ya te entiendo! –exclamó Rubén-. Podemos dar a probar al hámster uno de los caramelos. Así, si, por ejemplo, desaparece, ya sabemos que ese es el caramelo que no debemos probar.

-Exacto –dijo Eli.

Fue como si cayera un rayo de esperanza sobre el sótano. Las caras del grupo se iluminaron. Todas, menos la de Sílvia, que dijo:

-Me parece que no va a ser tan sencillo. Para que ese plan funcionara, el hámster tendría que ser invisible, como nosotros. Si no, los caramelos no harían el mismo efecto. Necesitaríamos que, antes de nada, se tomara un caramelo rojo. Pero ¿dónde hay caramelos rojos?

Se pusieron a buscar por todo el sótano. Rastreaban el suelo a cuatro patas, examinando centímetro a centímetro.

Rafa encontró el envoltorio de una chocolatina.

Cristina encontró un bolígrafo que no pintaba.

Lorena encontró un tornillo.

-Mira, el tornillo que te falta –dijo bromeando a Anna.

Javier encontró un euro.

Pero ni rastro de los caramelos rojos.

Temían que en cualquier momento bajara la mujer. Si eso sucedía, tendrían que dejar de buscar y fingir que estaban haciendo gimnasia.

De pronto, la voz de Alberto resonó por todo el sótano:

-¡Ya está!

-¿Dónde? ¿Dónde? –dijeron los demás girán-

dose hacia donde estaba Alberto.

-No, no está aquí. Pero ya sé dónde, con un poco de suerte, podemos encontrar el caramelo que necesitamos.

-¿Dónde?

-En el bolsillo de la chaqueta de Amparo.

No tardaron en poner en marcha un nuevo plan. Pablo, Patri y Borja enseguida se ofrecieron para ir corriendo al colegio, coger el caramelo, si es que aún no se lo había comido, y volver con él. Luís insistió en acompañarles.

-Me siento fatal. Todo esto es por mi culpa. Si yo no hubiera repartido esos caramelos... -dijo al borde de las lágrimas.

-No digas tonterías -dijo Eli-. No es culpa tuya. Todo es cosa de esa mujer. Si no fuera por ella, nada de esto habría sucedido. Además, ya habría encontrado la manera de darnos los caramelos. Nos los habría dado al primero que viniera a por chucherías. No te preocupes.

Toda la clase hizo una piña para consolar a Luís.

-Está bien -dijo por fin Luís- Gracias, amigos. Pero ahora, más vale que nos demos prisa y vayamos corriendo al colegio.

Antes de irse, Javier puso en palabras el temor de muchos:

-¿Y si Amparo se ha comido el caramelo?

-Entonces la encontraremos. Así sabrá que no está sola en el mundo invisible y le pediremos que venga a ayudarnos –dijo Pablo.

-¿Y si la mujer vuelve antes de que regreséis? –dijo Ramón.

Pero no hubo tiempo de responder a su pregunta. Unas pisadas se oyeron en la escalera.

-¿Qué tal, niños? ¿Cómo va esa gimnasia?

-Veo que habéis conocido a Segismundo –dijo señalando al hámster, que seguía en manos de Álvaro.

Se quedaron paralizados por el miedo. Hasta que de pronto Lorena guiñó un ojo a Luís Borja, Patri y Pablo, y empezó a gritar:

¡Ay, ay, ay, ay! ¡Mi mano!

La mujer se acercó hacia ella.

-Creo que me he hecho un esguince. No sé si podré levantar peso con esta mano.

Mientras la mujer examinaba con preocupación la mano de Lorena, Luís, Borja, Patri y Pablo aprovecharon para subir las escaleras y salir a hurtadillas de la tienda.

En poco tiempo llegaron a las instalaciones del CEIP Marinada y encontraron a Amparo.

Estaba con Avelino. Buscándoles por todo el recreo. Gritaba sus nombres con desesperación. Desde luego, estaba claro que no se había tomado el caramelo. Su cuerpo era bien

visible. Su preocupación también.

Se le acercaron sigilosamente. Habían olvidado que, de todas maneras, Amparo no les podía oír.

Pablo metió discretamente la mano en el bolsillo derecho de su chaqueta y la sacó... vacía.

Por el otro lado, Patri metió con cuidado la mano en el bolsillo izquierdo. ¡Allí estaba el caramelo! Lo cogió y cerró el puño para que Amparo no lo viera.

-¡Ay! –dijo la profesora dando un respingo.

-¿Qué pasa? –preguntó Avelino.

-No sé, he notado algo raro. Como si un fantasma me soplara en la nuca. ¡Bah! No me hagas caso. Sigamos buscando. ¡Ay!, ¿dónde estarán? ¡Alberto! ¡Sergio! ¡Cristina! ¡Patri!

Patri se sintió muy extraña al oír cómo la llamaban y no poder responder.

-Vámonos –dijo a Borja, Luís y Pablo-. Aquí no podemos hacer nada más.

-¡Espera! –exclamó Borja-. Sí podemos hacer algo. Se me ha ocurrido una idea. ¿Por qué no escribimos en la pizarra de la clase: “Estamos en la tienda de chucherías”, y ponemos la dirección?

-¿Y qué ganamos con eso? –preguntó Luís.

-Cuando lo vea Amparo, vendrá a la tienda y así distraerá a la mujer mientras nosotros damos los caramelos al hámster.

-¡Buena idea!

En un momento se acercaron a quinto, escribieron el mensaje en la pizarra y salieron del colegio. Por el camino, Patri corría con el puño bien cerrado. Del caramelo que agarraba dependía su salvación.

Nada más llegar a la tienda, vieron que estaba vacía. Dedujeron que la mujer estaría en el sótano, con sus compañeros.

-¿Bajamos? -dijo Pablo dirigiéndose hacia la puerta del fondo, que estaba cerrada. Con valentía, empuñó el pomo y abrió un poco la puerta.

Por fortuna, Anna estaba pendiente de su aparición y, nada más ver que la puerta se abría, empezó a gritar:

-¡Ay, ay, ay, ay! ¡Mi pierna!

La mujer, que en ese momento estaba cerca de la escalera, dando unas pesas a Rubén para que hiciera ejercicio, se dio la vuelta y fue hacia Anna.

-No me digas que ahora tú también te has hecho un esguince.

-No, no. Me parece que no ha sido nada. Era solo un tirón -dijo Anna al ver que Borja, Pablo, Patri y Luís ya habían terminado de bajar y se

integraban en el grupo con cara de felicidad.

-¡Venga! ¡Sigamos con la gimnasia! –insistió la mujer-. Y uno, y dos, y tres, y cuatro. Y uno, y dos...

Durante unos minutos, que parecieron horas, los invisibles alumnos de quinto hicieron ejercicio al ritmo que marcaba la mujer. Hasta que, de pronto, oyeron como alguien irrumpía en la tienda, y entonces escucharon una voz familiar.

-¿Hay alguien ahí?

La mujer susurró:

-Esperadme aquí. Seguid con los ejercicios.  
Voy a atender a un cliente.

Y se marchó escaleras arriba.

En el sótano, todos se arremolinaron en  
torno a Borja, Pablo, Patri y Luís

-¿Tenéis el caramelo?

-¡Sí! –dijo Patri, y se atrevió, por fin, a abrir el  
puño.

-¿Dónde está Segismundo? –se preocupó  
Sergio.

Yago se acercó con el hámster entre las  
manos. Patri le acercó el caramelo y el hámster  
comenzó a chuparlo. No tardó en difuminarse  
hasta convertirse en un hámster fantasma.

-Qué rápido hace efecto –comentó David  
Claro, como es tan pequeño...

Mientras tanto, les llegaba el sonido de la  
voz de Amparo hablando con la mujer:

-¿Seguro que no ha visto por aquí a unos niños? ¿En toda la mañana?

-Rápido, ¡dédosle un caramelo de los otros! –dijo Anna-. Yo le daría uno verde. Seguro que esos son los que nos vuelven visibles otra vez, como los semáforos. Rojo y verde.

-Pues si tan segura estás, ¿por qué no te lo tomas tú? –le chinchó Carlota.

-Venga, no perdáis el tiempo con discusiones. En cualquier momento puede volver a bajar la mujer –terció Alberto.

Entonces Raquel trajo la bolsa de caramelos verdes hacia el centro del grupo y cogió uno. Después lo desenvolvió ceremoniosamente y se lo acercó a Segismundo. El hámster sacó su pequeña y hasta entonces borrosa lengua y empezó a chuperretear el caramelo.

-¡Bienvenido al mundo de los seres visibles, Segismundo! –exclamó Rubén.

-¿Lo veis? ¡Lo que yo decía! ¡El verde! –dijo Anna.

-Sí, pero cualquiera se arriesgaba... –insistió Carlota.

Mientras Carlota y Anna volvían a discutir, Raquel fue repartiendo los caramelos de la bolsa. Se sentía como en su propio cumpleaños. Cuando terminó de repartirlos, cogió el último que quedaba.

-¡No hay más! Estaban justos, uno para cada uno.

-Y el del hámster –recordó Rafa.

Ya todos tenían un caramelo en la mano, pero nadie se animaba a tomarlo. Por fin Eli dijo lo que todos estaban pensando:

-Y ahora que tenemos este caramelo que nos puede hacer visibles, ¿por qué no aprovechamos esto de ser invisibles y hacemos algo

especial?

Una misma pregunta cruzaba la mente de todos. ¿Qué les gustaría hacer ahora que eran invisibles? Cada uno fantaseaba con diferentes ideas. En medio del silencio, unas palabras les sacaron de sus ensoñaciones.

La mujer decía a Amparo con voz amable:

-No se preocupe. Si veo a esos niños, yo le aviso. Pero, espere, ¿no quiere tomar un caramelo?

-¡Vaya! –se oyó la voz de Amparo-. Es igual que uno que llevo en el bolsillo...

Álvaro dio la voz de alarma:

-¡Rápido! ¡Tomémonos los caramelos verdes!  
¡Tenemos que impedir que Amparo se coma el  
caramelo rojo!

-¡Si lo hace, se quedará invisible para siempre!  
-alertó Alba-. El hámster se ha comido el  
último caramelo verde.

Desenvolvieron con nerviosismo el caramelo y se lo metieron en la boca mientras iban camino de las escaleras.

## *De vuelta en el mundo visible*

### *1*

Para cuando llegaron arriba, eran perfectamente visibles.

-¡¡Nooooo!! –gritó Sandra nada más salir por la puerta, mientras se abalanzaba sobre el caramelo que sostenía Amparo.

Sin embargo, la mujer fue más rápida. Se lo arrebató de la mano a la profesora y se lo metió en la boca.

Amparo, ocupada en contemplar la procesión de alumnos que ascendía desde el sótano, no pudo ver cómo la mujer desaparecía como por arte de magia.

-¿¡Dónde os habíais metido!?! –dijo, más preocupada que enfadada-. ¡No os veía por ningún sitio!

Los alumnos se miraron unos a otros y se echaron a reír.

-Y usted, ¿por qué me ha mentado? –siguió diciendo mientras se volvía hacia donde antes estaba la mujer-. Pero... ¿dónde se ha metido? Ahora mismo vais a explicarme qué está pasando aquí.

-Da igual. Total, no nos ibas a creer –dijo Sergio.

## 2

Como era de esperar, no supieron dar una explicación convincente de lo que había sucedido. Nadie les creyó.

Durante el resto de la semana, estuvieron castigados sin recreo. A la hora del recreo, aprovecharon para soñar con lo que les habría gustado hacer si hubieran seguido siendo invisibles durante un tiempo.

En cualquier caso, fue una experiencia que nunca olvidarían. Una experiencia que les haría cambiar para siempre su visión de las cosas. De los semáforos, por ejemplo.

Sí, desde entonces Alba, Borja, Marcos... todos los alumnos de quinto miran de forma diferente los semáforos. Desde entonces, cada vez que ven al hombrecito verde del semáforo parpadear y desaparecer para dar paso al hombrecito rojo, un escalofrío les recorre la espalda. Tampoco han vuelto a mirar de la misma forma los caramelos. Y de vez en cuando se

preguntan: “¿estaremos solos?”. Quién sabe, en cualquier momento, quizás ahora mismo, la hermana de Radegunda, invisible, espía y lee por detrás de sus hombros. Quién sabe.



0 04206024 01 05 06